

El museo deslumbrante

Escribe: FERNANDO ARBELAEZ

— XIII —

Es muy agradable tener en Atenas un amigo como Cayetano. Oigo mi propio idioma, y su música es una especie de anestesia muy suave para mis pensamientos. El mundo me parece grotesco, gesticulante y me produce miedo en algún lugar secreto de la mente. Escribo con una facilidad que me sorprende; pero ya se que esto no es más que el resultado de ese sutil mecanismo que remplaza las pasiones para que podamos subsistir: el rojo de la lujuria va tomando los dorados colores del orgullo con el repique de la máquina. No creo que haya escrito con tanta fluidez y por tan largo tiempo. Es evidente, el ejercicio de teclear descansa los nervios y la concentración descansa el espíritu, así estemos meditando en nuestras propias miserias.

Con Cayetano he visitado nuevos lugares de Atenas. Vive cerca de Kolonaki, pequeño barrio que tiene un estilo bohemio de indiscutible distinción: hay cafeterías con aires intelectuales y lindas muchachas que usan medias negras. Una de ellas es Anny, la amiga de Cayetano, que canta en un bar de Plaka. Anny no es muy bonita por estar un poco desmedida en el peso y, además, parece muy tímida. Conocerla es una tarea muy interesante, porque después de vencida la primera barrera en la que apenas habla, va apareciendo una personalidad juguetona que maneja el humor y la ironía con mucha finura, con la gracia y el desenfado que le diera una calle de Montmatre donde nació. Después es necesario oírla acompañada por la guitarra. En el departamento de Mynas, que está a unos pasos del Hotel Hilton, nos ha cantado unas canciones griegas —sin acento según él dice— de pura memoria porque no puede traducirlas. En la misma forma sabe canciones en ruso y en español. Su voz es suave, profunda y de ella se sirve para pagar sus viajes. En todos los sitios hay una taberna en donde la contratan por ocho o por quince días y con el producto de su trabajo continúa un camino que no tiene meta fija, ni tiempo determinado, ni ruta segura. Por el momento quiere permanecer por una larga temporada —como todos nosotros, que más o menos secretamente envidiamos la libertad de Anny— para aprender el idioma, para lo cual tiene especial talento por lo que he oído en sus conversaciones con Mynas, en las que pasa del francés al griego con gran facilidad.

— 725 —

Anny y Cayetano me acompañan por las calles para mirar, especialmente a las gentes, y para visitar las iglesias y los monumentos que nos topamos en el camino. Es un ejercicio que hacemos sin plan de ninguna clase; el azar nos depara los mejores programas. Por la tarde vimos en la catedral una ceremonia de bodas que es muy alegre y bella. Los popes con las preciosas vestiduras rodean a los novios con sus cantos y con sus coronas. Los concurrentes conversan en la iglesia como si estuvieran en la casa de una gran familia; no existe en los lugares de culto ortodoxo el silencio y el recogimiento que se usa en los católicos. Desde el esplendor de los íconos y desde la fastuosidad de los ornamentos, todo ofrece un gran encanto para los sentidos; para todos los sentidos, hasta para el gusto, porque a la salida reparten paquetitos de almendras confitadas a los invitados, que pasan uno por uno, para dar un beso de felicitación a los nuevos esposos.

Lo que más nos llama la atención es siempre el rostro de las gentes. Nunca deja de tener un encanto especial ver, por ejemplo, a los popes con sus esposas y con sus grandes familias. El pope y sus barbas patriarcales y una coleta, como la de los toreros, anudada en la nuca. La esposa, muy seria y respetable, vestida de negro. El pope es un personaje muy importante en la vida griega. Un amigo me ha preguntado:

—¿Hay muchos griegos en su país?

No le pude contestar con exactitud, entonces me dijo:

—¿Hay una iglesia ortodoxa?

Le respondí que no.

—En ese caso no deben ser más de cinco o seis, porque si fueran más, ya habrían construido su iglesia. La iglesia es uno de los ejes de nuestra vida espiritual y social.

El día de mi llegada a Rodas tuve la oportunidad de asistir a la llegada del metropolitano de Atenas, en el aeropuerto estaba esperándolo un largo destacamento del ejército con un coronel a la cabeza que le rendía honores. Luego los oficiales le besaron la mano muy obsecuentemente. De las conversaciones que he tenido con Tsirópulos, a quien he visitado algunas veces en sus oficinas del Arzobispado, he concluido que las dificultades más grandes que han existido con la iglesia de Roma, han sido la falta de caridad y cierta descortesía que los ortodoxos encontraban en la Curia Romana, circunstancias estas rectificadas por Juan XXIII, quien por mucho tiempo vivió en Estambul como internuncio y quien trabó una estrecha amistad con Atenágoras, el actual patriarca ecuménico. Con todo no me parece muy clara o fácil la unión de las dos iglesias, ya que tanto la una como la otra quieren defender una herencia cultural y un pasado histórico, indudablemente glorioso. Lo cierto es que la mitad oriental del Mediterráneo le pertenece a la Iglesia Griega, y esto tuve oportunidad de verlo con mucha frecuencia en aquellos países en donde la Cruz alterna con la Media Luna. Mas los tiempos cambian y en Casa Nova de Jerusalem trabé amistad con un obispo alemán que me decía muy emocionado que había dado un abrazo a "su beatitud". "Imagínese, después del Papa, yo fui el segundo obispo que le dio un abrazo fraterno. ¡Imagínese!" Me

confiaba con una euforia en la que entendí mucho del espíritu de Cristo. Sin embargo sigo creyendo que los griegos no miran con muy buenos ojos a los "uniatas", es decir, a los sacerdotes que guardan la comunión con Roma. Los tratan con cierto aire de traidores y con un viejo recelo que difícilmente puede borrarse en poco tiempo.

En Jerusalem —el viejo Jerusalem de Jordania— me fue dado ver también las profundas diferencias y los fuertes intereses que distancian a las dos iglesias. Los ortodoxos por razones de historia del Imperio Otomano, son los custodios de los lugares más sagrados del Cristianismo: de el Calvario y de la Gruta de Belén. Esto, es algo que duele a los frailes católicos "depositarios de la verdad". Por este motivo estaba a punto de caerse la basílica del Santo Sepulcro. "Ese edificio, que es una imagen de la Iglesia —me decía Lanza del Vasto— solo empezó a reconstruirse con la llegada de Juan el Bueno". Pero la pugna se mantiene hasta extremos inverosímiles. Me contaron que pocos días antes de la llegada de Pablo VI a Tierra Santa, los ortodoxos y los católicos estaban a punto de hacer fracasar la visita del Pontífice, por una disputa que consistía en lo siguiente: los franciscanos tradicionalmente conservaban el derecho a limpiar los vidrios y las celosías de la basílica del Nacimiento y, esta vez, los ortodoxos que son los propietarios de la edificación, se lo negaron. La pugna llegó hasta el Rey de Jordania que es guardián de los Santos Lugares y entonces él, con sabiduría salomónica, dictaminó: "Que los griegos limpien los vidrios por dentro y los católicos por fuera". Y con un juicio tan sabio se hicieron las paces momentáneas, que aseguraron el éxito de la visita papal.

Las iglesias de Atenas nos dejan cierto desencanto. Hecha excepción de algunas construcciones de ladrillo que permanecen como derruidos testimonios de las glorias bizantinas, casi todas son nuevas, con sus mosaicos muy brillantes de una falsa antigüedad. La iglesia católica que hay en la Calle de la Universidad, dedicada a San Dionisio, a pesar de que su exterior invita con un ademán antiguo escondido en sus clásicas columnas, su interior ha sido decorado con un pésimo gusto italiano, muy semejante al de nuestras iglesias tropicales inspiradas también por muy buenos sacerdotes latinos. Después de recorrer esta iglesia, encuentro que los griegos han de tener sus razones de orden estético para no comulgar con sus hermanos del otro lado del mar. Con todo, a Mynas le gusta recordar que entre sus turistas hay católicos y, entonces insistiendo en la identidad de las dos iglesias, repite: "El **Kirie eleyson** de la misa es griego, y una jaculatoria del Viernes Santo católico, **Agios o Theos, agios Iskiros, agios Athánatos eleyson imás**, se repite todos los días muchas veces en nuestros oficios". Y se queda muy contento de mostrar sus grandes conocimientos de los ritos.

A Mynas también lo veo con cierta frecuencia. Por regla general, me habla de la historia griega y de las hazañas increíbles de los jenizaros que eran niños griegos educados por los turcos. Me explica por qué hay tantos pueblecitos en zonas escarpadas, que fueron construídos para huir de la terrible ocupación oriental, y me explica algo que me había llamado mucho la atención y es el número de iglesias dedicadas en San Elías

y que se encuentran en la cumbre de los montes. "Antes, en los mismos lugares, había templos dedicados a Elios, un santo de los paganos; creo que esto explica todo".

En la Calle de la Universidad descubrí cuando menos lo esperaba la casa de Schliemann. Tomaba café cuando me di cuenta de que el edificio que tenía al frente lo había visto fotografiado muchas veces, y que era nada menos que el palacio que se había construido el millonario descubridor de las ruinas de Troya, de Micenas y de Tirinto. Arriba, en el friso, grabado en piedra está el nombre de Iliu Malathron, el Palacio de Ilios, en donde ahora están las oficinas del Ministerio de Justicia. Recorro la parte exterior del magnífico edificio, que en un tiempo fuera el palacio más suntuoso de Atenas, y observo que uno de los motivos ornamentales que se repite con mayor frecuencia es la cruz gamada, el viejo distintivo de los arios. No me fue posible recorrer con detenimiento la parte interior, pero muy bien se ve que a la entrada del gabinete que ocupó el famoso arqueólogo, deben estar aún grabadas las palabras de Pitágoras: "Que no penetre aquí quien no estudie geometría".

No me es difícil imaginar al viejo investigador que muchas veces recorrió esta calle con su carga de sueños, con sus amarguras, con sus desmesurados proyectos. Desde aquí viajó a los distintos puntos del mundo griego, acompañado por Dörfeld, por Virchow, por Burnouf el ilustre director de la escuela francesa de Atenas.

Sir Arthur Evans, quien continuó sobre los pasos de Schliemann la fantástica aventura del descubrimiento arqueológico de la cuna de nuestra civilización, que cambió varias páginas de nuestra historia, nos traza una imagen del grande hombre que un día informara a las agencias noticiosas que seguían el curso de sus investigaciones en Miceas: "Hoy he visto el rostro de Agamenón". El descubridor del Palacio de Minos en Creta escribe no sin cierto emocionado tono: "Tuve la suerte... de conocerlo en el campo de su gloria, y todavía recuerdo los ecos de sus visitas a Inglaterra, escenario de sus mayores triunfos... Algo de sus primeros años novelescos parecía todavía adherido a su personalidad, y yo mismo tengo un recuerdo muy vivo del hombre delgado, de frágil constitución, cutis cetrino, vestido de oscuro, con gruesos lentes de hechura extranjera, a través de los cuales, así se me antojó a mí, había mirado lo más profundo de la tierra".